



Editorial Xplora 2013

Páginas: 352 pg.

Dimensiones: 15x22,3 cm

ISBN: 978-84-15797-11-1

Disponible en ebook y papel
en librerías y en :
editorialxplora.com/tienda

EDITORIAL XPLORA

Lee viajando. Viaja leyendo

www.editorialxplora.com

info@editorialxplora.com

XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.

UNO

El hombre de Oz

Cuzco



En cuanto aquel hombre, vestido de pies a cabeza de color caqui, giró la esquina y comenzó a caminar cuesta arriba en dirección a mí, me quedé pensando: ¿Lo conozco de algo? No parecía muy probable. John Leivers estaba a punto de cumplir los sesenta y había pasado la mayor parte de su vida explorando lugares remotos en los Andes, machete en mano, en busca de ruinas antiguas. Mi cerebro, gracias a su lóbulo repleto de conocimientos de cultura pop, se percató al instante de su más que razonable parecido con Cocodrilo Dundee — John llevaba chaleco y un sombrero australiano, y me saludó desde la acera de enfrente de mi hotel con un alegre “¡Hallo, Mark!” que confirmó sus raíces profundamente australianas— pero había algo más que me era extrañamente familiar en él.

“Siento el retraso —dijo al mismo tiempo que nos dábamos la mano— Llegué anoche a Cuzco”.

De algún modo, John Leivers me recordaba a esos exploradores profesionales que había conocido a lo largo de los años trabajando como redactor en varias revistas de viajes de aventura en Nueva York; el tipo de personas que llevan trineos tirados por perros al Polo Sur y peinan el fondo del mar en busca de tesoros hundidos. John estaba muy en forma, vestía como si fuese a escalar el Cervino, a pesar de que el día estaba despejado y la temperatura era de 21 °C. Era todo lo libre que un hombre puede ser en el siglo XXI. No tenía ni mujer, ni hijos, ni una dirección permanente, tan solo un móvil y una cuenta de Gmail. Me lo habían recomendado como uno de los mejores guías de Sudamérica, y había tardado semanas hasta dar con él. Pero ahora que por fin estaba aquí sentado tomando el desayuno en mi

diminuto hotel de Cuzco, la antigua ciudad colonial en mitad de los Andes peruanos, no estaba muy seguro de por donde empezar. No tenía ningún plan.

Pedimos unos cafés, y John comenzó a contarme cosas sobre él, deteniéndose de vez en cuando a mitad de una frase. “Cuando viajas solo, tienes que estar absolutamente, umm, seguro... perdón, ha pasado ya bastante tiempo desde la última vez que hablé español” para a continuación tocarse su oreja como si fuera un nadador destaponándose el oído, como si un tenaz verbo español se hubiese atascado allí. Hacía veinte años que John había comenzado a frecuentar Cuzco como guía de viajes extremos, llevando intrépidos trotamundos en una camioneta a través de cuatro continentes. “En aquel entonces las tiendas cerraban los domingos y podían pasar meses sin que vieses a un americano” dijo. Durante la última década, un período en el que se había multiplicado de forma exponencial el número de visitantes a Cuzco por ser la puerta de entrada a Machu Picchu, John había visto como había disminuido el interés por la aventura de verdad.

“Antes había viajeros, Mark —dijo removiendo su café—. Ahora solo hay turistas. Quieren hoteles, cafés, Internet. ¡No irían ni de acampada!”.

“¡Bromeas!” contesté con un tono un poco más fuerte de lo normal. Aquella mañana ya había revisado dos veces mi email y la última vez que había dormido en una tienda de campaña había sido en 1978, cuando mi padre trajo de Sears una réplica de un tipi y lo puso en el jardín.

Y esa era posiblemente la razón por lo que yo estaba en Cuzco. Después de años sentado frente a un ordenador en Nueva York, enviando redactores a realizar encargos al Kilimanjaro y a Katmandú —lugares que John conocía de primera mano— quería tener mi propia aventura. Supongo que mi casi nula experiencia en la naturaleza era un tema que John y yo podríamos discutir una vez hubiese decidido que hacer.

“Entonces ¿qué tipo de viaje tienes en mente? —preguntó John— Paolo dice que estás pensando en ir tras los pasos de Bingham”.

“Sí, esa es la idea. Algo por el estilo”.

Durante la mayor parte de su vida y transcurridas varias décadas desde su muerte en 1956, Hiram Bingham III fue conocido como el descubridor de

Machu Picchu. La historia que contó en su clásico de aventuras *La Ciudad Perdida de los incas* —del que es posible conseguir copias piratas en muchas de las tiendas para turistas del centro de Cuzco (incluso los domingos)— es una de las más famosas en los anales de la exploración. Bingham era un profesor de historia de la Universidad de Yale que casualmente pasaba por Cuzco en 1909, cuando se enteró de un misterio sin resolver con cuatrocientos años de antigüedad. Cuando los conquistadores españoles invadieron a los incas en el siglo XVI, un grupo de ellos se retiró a una ciudad escondida en la impenetrable selva nubosa, portando con ellos los tesoros sagrados de su imperio. La ciudad y sus habitantes habían desaparecido hacía tanto tiempo que por lo que concernía a los estudiosos más serios, la leyenda de su existencia era tan creíble como las historias sobre la Atlántida. Bingham pensó que los expertos estaban equivocados, e investigó textos y mapas poco conocidos en busca de pistas para su localización. En el clímax dramático de *La Ciudad Perdida de los incas*, el 24 de julio de 1911, estando tras los pasos del último refugio de los incas, se topó con el esplendor geométrico de Machu Picchu. Las ruinas que descubrió eran tan inesperadas, tan increíbles, que se preguntó: “¿Habría alguien que crea lo que he encontrado?”.

Coincidiendo con la cercanía del centenario del logro de Bingham, el explorador volvió a aparecer en las noticias. Me presentaron a John vía email a través de su amigo Paolo Greer, un obsesivo investigador aficionado con un conocimiento enciclopédico de la historia de los incas. Paolo había trabajado en el oleoducto de Alaska, y ahora estaba jubilado y vivía solo en una cabaña sin electricidad en un bosque a las afueras de Fairbanks. Había encontrado lo que él consideraba un extraño mapa según el cual alguien podía haberse adelantado a Bingham cuarenta años o incluso más. Tan solo unos meses después de que el mapa de Paolo ocupase titulares en todo el mundo, el nombre de Bingham volvió a aparecer de nuevo. La ex primera dama de Perú había provocado un incidente internacional al exigir a Yale la devolución de los objetos que Bingham había desenterrado en Machu Picchu, argumentando que el explorador —ella prefería el término “ladrón de tumbas”— y sus colaboradores habían violado un acuerdo legal. En un principio, Yale y Perú habían planeado abrir conjuntamente un nuevo museo en Cuzco para celebrar el centenario de la hazaña de Bingham. Sin embargo, al acercarse la fecha del centenario, estaban demandándose los unos a los otros en los tribunales de los Estados Unidos.

En la avalancha de noticias que siguió a la presentación de la demanda de Perú, seguían surgiendo preguntas: ¿Había mentido Bingham sobre el descubrimiento de Machu Picchu? ¿Había sacado objetos ilegalmente del país? Una mujer en Cuzco llegó incluso a afirmar que su familia aún era la propietaria de las tierras en las que se encontraba Machu Picchu; ¿Era posible que tanto Yale como el gobierno de Perú estuviesen equivocados?

Como editor de una revista, sabía que la versión revisada de la historia de Bingham tenía los ingredientes de una gran historia: héroe aventurero resulta ser un fraude. Para tener una idea más clara de lo que realmente pasó en aquellas montañas en 1911, me tomé un día libre y me subí al tren en dirección a Yale. Pasé horas en la biblioteca hojeando los diarios y crónicas de la expedición de Bingham. Mientras sostenía el pequeño cuaderno cubierto de cuero en el que Bingham había anotado sus primeras impresiones sobre Machu Picchu, cualquier idea acerca de las controversias desapareció. La historia de cómo había llegado a Machu Picchu por primera vez era mucho más interesante. Había oído que Bingham había inspirado el personaje de Indiana Jones, una conexión que se mencionaba —sin apenas evidencias— en casi todas las noticias de los últimos veinte años acerca del explorador. Sentado bajo el esplendor neogótico de la sala de incunables y manuscritos de Yale, por primera vez la conexión Indy-Bingham comenzó a tener sentido. La investigación de Bingham había sido una historia de exploración geográfica, una historia que comenzó como una búsqueda de la Ciudad Perdida de los incas, pero creció hasta convertirse en un intento desesperado por resolver el misterio de por qué aquella espectacular ciudad de granito había sido construida en aquel lugar tan fascinante: en lo alto de una montaña aislada, en la brumosa zona subtropical donde los Andes se encuentran con el Amazonas. Cincuenta años después de la muerte de Bingham, el caso había sido reabierto. Y las pistas continuaban allí fuera para ser examinadas por cualquier persona con piernas fuertes y mucho tiempo libre.

“¿Cuál es tu opinión sobre Bingham?” pregunté a John.

“Tiene algo de explorador martini —dijo empleando lo que después supe era un eufemismo para un viajero que se considera duro, pero que realmente exige un cierto nivel de confort—. Ahora mismo no es muy popular en Perú. Pero nadie puede discutir todo lo que descubrió”.

Como todo explorador serio en Perú, John conocía de memoria casi todas las anotaciones publicadas por Bingham de la expedición de 1911. Durante aquel verano, Bingham hizo no uno, sino tres increíbles hallazgos arqueológicos, cualquiera de los cuales hubiese cimentado su reputación como explorador de clase mundial. Durante aquella visita, se las ingenió para hacer un hueco en su tiempo libre con el objetivo de ascender por primera vez el Coropuna, un seismil peruano que en aquel momento se creía que era la montaña sin escalar más alta del hemisferio occidental. Bingham encontró numerosas ruinas en el transcurso de sus tres grandes expediciones a Perú, de las cuales muchas ya han sido reclamadas por la naturaleza. Unos años atrás, John ayudó a organizar una expedición para redescubrir un enclave visible desde Machu Picchu que Bingham encontró y que de nuevo había desaparecido durante noventa años.

Mientras John se bebía a sorbos el café, le conté mis ideas. Quería rehacer la ruta de Bingham a través de los Andes en su camino para descubrir Machu Picchu. Quería ver también los otros tres importantes lugares que él había visitado: la ciudadela de Choquequirao, considerada en la actualidad por muchos como la ciudad gemela de Machu Picchu; Vitcos, el hogar de uno de los santuarios más sagrados del imperio inca; y Espíritu Pampa, la ciudad que estuvo perdida durante mucho tiempo en la jungla y donde los incas opusieron la última resistencia a los españoles. ¿Exactamente cómo íbamos a lograr esto? ¿Autobuses? ¿Trenes? ¿Llamas? Eran detalles que no había pensado muy bien.

“Tal vez podamos recorrer el Camino Inca —le dije—. De esa manera podría probar algo de la experiencia de Bingham, ya sabes, siguiendo el camino que lleva a Machu Picchu”. Tenía sentimientos encontrados sobre el Camino Inca. Para los excursionistas, recorrerlo era como hacer la peregrinación a la Meca, había que hacerlo una vez en la vida. Pero todas las historias que había leído sobre el Camino Inca —y cuando trabajas en una revista de viajes de aventura, lees muchas historias sobre el Camino Inca— suena como si estuviese tan concurrido como el puente George Washington en hora punta. Las mejores partes de los libros de Bingham eran en donde se describía la belleza natural de Perú, y yo tenía la esperanza de percibir aquello que Bingham había visto, si es que algo así todavía existía.

“Sabes, Mark, todos los caminos incas llevan a Machu Picchu —dijo John alcanzando el tarro de mermelada a través de la abarrotada mesa. No pude dejar de notar lo diferentes que eran nuestras manos. Sus uñas eran cuadradas y parecían como si se hubiesen pasado la vida entera tirando de redes en un barco pesquero. Las mías parecían como recién salidas de un salón de manicura—. Si esto es Machu Picchu —puso el tarro en el centro de la mesa— y esto es Choquequirao —alineó el azucarero— entonces esto es Vitcos y Espíritu Pampa”. Movi6 el salero y el pimentero. Las cuatro piezas formaban una Y con Machu Picchu en la parte inferior.

“No hay carreteras para llegar a la mayoría de estos lugares, tan solo senderos —dijo John—. Todavía se puede caminar prácticamente por todos los lugares por los que Bingham fue —metió la mano en uno de los muchos bolsillos de su chaleco y sacó una pequeña libreta azul con una tapa de plástico—. La compré en Chile, son fundamentales para viajar por zonas húmedas”.

“Ahora, veamos. Necesitarás tres días en Cuzco para que te aclimates a la altitud. Un día para llegar en coche hasta el comienzo del camino a Choquequirao. Dos días de caminata hasta las ruinas. No está muy lejos, pero tiene algo de pendiente, y unas vistas increíbles. Echaremos un vistazo por los alrededores, luego continuaremos hacia Vitcos, eso son unos cuatro días más de caminata. Veremos bien la Roca Blanca, un enclave religioso muy importante al que Bingham dedicó mucho tiempo para intentar descifrarlo. Un terreno difícil, caminos incas de verdad. Necesitarás un buen saco de dormir porque pasaremos una noche cerca de los 4.500 metros de altitud. Podría nevarnos”.

“Nos tomaremos un día o dos de descanso cerca de Vitcos. Luego bajaremos a la selva, bastante abajo de hecho, hacia la cuenca del Amazonas. Quizá necesitemos tres días más para llegar allí, dependiendo del tiempo, que puede ser un poco impredecible. Llegaremos a Espíritu Pampa y bajaremos las escaleras hacia la antigua capital del imperio inca, tal y como Bingham hizo, a pesar de que él nunca entendió la importancia de lo que estaba viendo. Querrás estar allí al menos dos días —John se detuvo un segundo—. Suponiendo que también quieres ver Llapata”.

“¿Eh?”.

“Llactapata. Son las ruinas que encontró Bingham en 1912 cuando regresó a Perú. Estuve allí hace unos años. Se divisa todo el valle hasta Machu Picchu. Simplemente increíble. Está tal y como estaba Machu Picchu antes de ser despejado, apenas ha sido excavado”.

“Por supuesto, esa Llactapata —dije, intentando adivinar como se escribía el nombre para poder buscarlo después—. Definitivamente no nos la podemos perder”.

“Te ayudará a tener una idea de cómo los ingenieros incas y los sacerdotes alineaban todos estos lugares con el sol y las estrellas. Brillante”.

Si John no hubiese tenido ese aspecto de sabelotodo, habría pensado que en realidad nos estábamos dirigiendo hacia los dominios del movimiento New Age. Cuzco era un imán para los místicos. Era imposible mover un cristal sin darte de bruces con alguien con plumas que se hiciese llamar a sí mismo sanador espiritual. La gran atracción, por supuesto, era Machu Picchu. Aquellas ruinas envueltas en nubes tenían un efecto llamada en todo tipo de new agers, que llegaban hasta allí en busca de lecturas astrológicas, ceremonias de purificación de sudación y pulseras de la Cábala. Los folletos de viaje que llegaban a mi despacho siempre parecían dar a entender que las piedras de Machu Picchu prácticamente resplandecían con energía positiva. No había ni una sola explicación de por qué la ciudadela que Bingham encontró era un lugar sagrado, pero eso no impedía que miles de peregrinos espirituales acudiesen al lugar cada año, con la esperanza de experimentar una convergencia armónica personal.

“De acuerdo. Así que llegamos a Llactapata, bajamos por el otro lado, y a partir de aquí podemos o bien tomar el tren a Aguas Calientes —me miró por encima de su cuaderno—, ese es el pueblo que se encuentra en la base de Machu Picchu. O bien podemos caminar a lo largo de las vías del tren y ahorrarnos el billete”.

“¿Eso es legal?”.

“Bueno, ya sabes cómo funcionan las cosas en Perú, Mark. Todo depende de a quien preguntes”.

“¿Hay mucha gente que se apunta a este tipo de viajes?”.

“Solemos tener unas pocas personas cada año, viajeros de verdad. Casi nadie lo hace ya”.

“¿Cuánto tiempo tardaremos?”.

“Alrededor de un mes. Tal vez menos si el tiempo ayuda”.

Representado por los tarros de los condimentos del desayuno, el viaje no parecía especialmente desafiante. Calculé alrededor de un centenar de kilómetros caminando. Por lo que John había descrito, iríamos hacia el Norte a través de las montañas, giraríamos a la izquierda hacia la selva, y a continuación media vuelta hacia Cuzco. Para el gran final, todo lo que teníamos que hacer era seguir el río y girar a la derecha en Machu Picchu. Esta última parte sonaba como un agradable paseo vespertino, algo para pasar el rato y abrir el apetito para la cena.

“Sé que es mucho para asimilar —dijo John—. ¿Alguna pregunta por ahora?”.

Sólo pude pensar en una. “¿Esto es más duro que el Camino Inca?”.

Durante una fracción de segundo, John me miró como si no me hubiese entendido. “Mark, es mucho más duro que el Camino Inca”.